NOCHE TOLEDANA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA

Este juguete ha sido aprobado para su representación por la Junta de censura de los teatros del reino en 31 de Julio de 1850.

QUINTA EDICIÓN

—▫ M. P. D. ▫—

PRECIO: UNA PESETA

MADRID

EST. TIP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL DE ESPAÑA

DUQUE DE ALBA, 4.

1913

PERSONAJES	ACTORES
Don Bonifacio	DON ANTONIO DE GUZMÁN.
Un vecino.	DON JULIÁN ROMEA.

La escena es en Madrid, en casa de Don Bonifacio.

ACTO ÚNICO

El teatro representa un cuarto pequeño de figura ochavada. En el fondo, en medio, una ventana ancha que da á la calle, por la cual debe verse, cuando está abierta, otra ventana ó balcón de la casa de enfrente. A la derecha de la ventana y del actor, y en la línea diagonal, una cama con la cabecera hacia la ventana; al lado de la cabecera, una mesita de noche, sobre la cual hay un vaso con aceite y una lamparilla encendida. A los pies de la cama, ya en la línea vertical, la puerta de un cuarto. Más acá de la puerta, una mesita, en la cual habrá un jarro y una palangana; encima, un espejito colgado de un clavo; entre la mesita y la puerta, un pantalón y un gorro griego, colgado cada uno de un clavo; delante de la mesita, un sillón. A la izquierda de la ventana del fondo y del actor, en la línea diagonal, la puerta que da á la escalera. En primer término, un bufete no muy nuevo ni de moda, separado de la pared; en él hay un velón apagado, una llave y un picaporte, escribanía, papel, un pañuelo de yerbas, lacre, un mazo de plumas, un cortaplumas, cigarros de papel y un porta-reloj con su reloj dentro. En una esquina del bufete, una servilleta, y sobre ella dos ó tres platos con restos del guisado y la ensalada que sirvieron de cena; una botella con un poco de vino, un vaso y un candelero con un cabo apagado. Entre el bufete y la pared, un sillón, y en su respaldo, colgada, una levita. Delante del bufete, un brasero con la lumbre recogida y una tapadera de barro encima; la tarima es de pino, y sobre ella hay una badila. Al levantarse el telón, la escena está medio á obscuras; no hay más luz que la de la lamparilla.

ESCENA PRIMERA

DON BONIFACIO está metido en la cama, con gorro de dormir. Óyese llamar en la calle, á la puerta de la casa de enfrente, de este modo: dos golpes muy separados, una pausa; tres golpes no muy fuertes, otra pausa más larga, y un golpe muy fuerte.

BONIF. (Despertando de repente.) ¿Quién? (Pausa.) ¿Quién ha llamado? (Dos golpes muy separados.) ¡Ah, es el que está llamando á la puerta de enfrente hace hora

y media!... ¡Buena calma tienen en su casa! Desde que empezó he tenido lugar de echar el primer sueño. (Un golpe, pausa; cuatro ó cinco muy de prisa.) ¡Hola! Parece que se le va acabando la paciencia... ¿á qué cuarto será? (Dos golpes sumamente fuertes y muy separados.) Pues ello es ahí enfrente... (Cuatro ó cinco golpes muy precipitados, pausa; un golpe sumamente fuerte.) ¡Anda... anda... con la cabeza... golpea firme! (Dos golpes fuertes é iguales sin interrupción.) ¡Canastos... esto ya no se puede sufrir! (Cesan los golpes.) ¡Si pensará estarse así repicando toda la noche!... (Dos golpes precipitados, uno suelto, otros dos precipitados, otro suelto, y así alternativamente y sin cesar hasta que Don Bonifacio abre la ventana.) ¡Esto es cosa de ahorcarse... de tirarle un demonio á la cabeza! (Salta de la cama en camisa, calzoncilllos y medias; pónese un frac que tiene sobre la cama y unas chinelas y va á abrir la ventana; los golpes cesan entonces.) ¡Pues... en la casa de enfrente! (Vuelven á sonar los golpes de tres en tres hasta la tercera vez que dice «vecino».) Vecino... vecino... que está usted alborotando el barrio. ¡Vecino!... (Cesan los golpes.)

VECINO. (Desde la calle.) ¿Quién me habla?

BONIF. ¡Aquí... en el cuarto segundo! ¿Cuándo acaba usted de dar golpes?

VECINO. (Desde la calle.) ¿Eh? ¿Qué dice usted?

BONIF. ¿Que qué digo?... Que haga usted el favor de meterse en su casa y no alborotar la vecindad; eso es lo que digo.

VECINO. (Enfadado.) ¿Se quiere usted burlar de mí diciendo que me meta en mi casa cuando está usted viendo que no me abren?... ¿No lo ve usted... que no me oyen?

BONIF. ¡Tiene usted una familia de sordos! En fin, tenga usted cachaza... déles usted tiempo para que se levanten... ya bajarán á abrir... no tardarán... un poco de paciencia. Ea, buenas noches. (Cierra

la ventana y se dirige á la cama tosiendo.) ¡Adiós... ya me he resfriado! ¿Qué hora será? (Toma el reloj del bufete y se acerca á la lamparilla.) ¡Las dos!... ¡Qué tarde! Por fortuna, ese hombre se ha aplacado y podré coger el sueño. (Arregla la cama; á poco suena un golpe, pausa; dos golpes muy precipitados, pausa; golpes sucesivos, que van creciendo en fuerza hasta la palabra «vecino».) ¡Adiós... ya empieza otra vez! (Corre á la ventana.) Vecino (Cesan los golpes.), le advierto á usted que si sigue así voy á llamar al alcalde de barrio.

VECINO. ¡Llame usted al demonio!... Yo seguiré llamando lo que me dé la gana.

BONIF. (Enfadado.) ¡O no llamará usted!... Oiga... y sepamos, ¿quién es usted?

VECINO. ¡Vaya! ¿Quiere usted dejarme en paz?

BONIF. Toma... pues si eso es de lo que trato... de verle á usted en paz.

VECINO. ¿Y querrá usted que me quede en la calle con la noche que hace?

BONIF. ¡Calla... y es verdad... está diluviando!

VECINO. ¡Vaya, vaya! (Dos golpes, pausa; en seguida, golpes sin intermisión y con rapidez hasta la palabra «¿qué?»)

BONIF. ¡Vuelta á empezar!... ¡Esto es un fuego graneado!.. (Gritando.) ¡Vecino!... ¿Y se va usted á estar llamando así!...

VECINO. (Sin cesar los golpes.) Hasta que me abran.

BONIF. ¿Qué? (Cesan los golpes.)

VECINO. ¡Hasta que me abran!... (Continúan los golpes con igual rapidez hasta el segundo «vecino».)

BONIF. No hay otro remedio... á ello.—¡Vecino... vecino!... (Cesan los golpes.) ¿Quiere usted hacerme el obsequio de subir á mi cuarto?

VECINO. ¿Mande usted?

BONIF. Oiga usted la idea, á ver si le acomoda. Digo que si tendrá usted la complacencia de subir á mi cuarto.

VECINO. ¡Hombre!..

BONIF. ¡Sí, con franqueza! Veo por la muestra que es usted duro de cabeza... y ha resuelto no soltar el aldabón en toda la noche; conque mejor quiero que duerma usted conmigo que no estarle oyendo repiquetear hasta que amanezca.

VECINO. Pues, señor, no hallo inconveniente en admitir la oferta.

BONIF. Ni yo tampoco.

VECINO. Corriente; lo admito. Déjeme usted solamente probar otro poco... (Da dos ó tres golpes.)

BONIF. No, hombre... basta de ruido... Entonces le dejo á usted en la calle. Aguarde usted... voy á echarle la llave... (Envuelve la llave que está sobre el bufete en el pañuelo, que está allí también, y la tira por la ventana.) La escalera está al fin del portal... á mano izquierda... cuatro tramos... voy á alumbrar... cuarto segundo. (Cierra la ventana.) ¡Oh, esto es menos malo! (Toma el velón que está sobre el bufete y va á encenderlo á la lamparilla.) Aquí se acomodará como pueda... en el sillón ó... en fin, yo dormiré. (Después de encender el velón lleva la lamparilla á la mesita que está á los pies de la cama; coge la llave y va abrir la puerta y á alumbrar.) Por aquí, vecino. (Oyese dar un traspiés dentro.) ¡Eh, cuidado con matarse!

VECINO. ¡Pues alúmbreme usted!

BONIF. ¡Pues no suba usted á escape!... Vamos, gracias á Dios.

ESCENA SEGUNDA

DON BONIFACIO Y EL VECINO.

VECINO. (Dejando á Don Bonifacio á la puerta, y entrando sin hacerle caso, se dirige á poner la llave sobre la mesita que está á los pies de la cama, y dice con aire distraído y caviloso:) ¡Tiene usted una escalera que para romperse el alma!...

BONIF. Si hubiera sabido que iba á tener esta visita hubiese hecho poner farol. (Sin moverse de la puerta.) ¿Viene alguno con usted?

VECINO. (Deja el bastón al lado de la mesita, se quita los guantes y los pone sobre la misma.)

BONIF. Diga usted, ¿no ha estudiado usted con los jesuítas?... ¿Eh? (Viendo que no responde, deja el velón sobre el bufete y cierra la puerta. Entretanto, el vecino va á abrir la ventana.)

VECINO. (A la ventana.) Sí... frente por frente... aquellos son los balcones.

BONIF. (Va por detrás de él y cierra la ventana.) ¡Hola! ¿Vive usted en aquel cuarto segundo? Parece que no le esperaban.

VECINO. (Sin atenderle.) ¡Cosa más rara!

BONIF. ¿Cuál?

VECINO. La que me sucede.

BONIF. ¡Ah! El que yo le haya hecho á usted subir aquí.

VECINO. (Sin oirlo.) ¡No quererme abrir! Diga usted, caballero, ¿cree usted que me han oído?

BONIF. ¡Hombre!... ¿Me lo pregunta usted con formalidad?

VECINO. ¡Entonces es decir que lo han hecho á propósito! ¡Que me han ganado á los criados!... ¡Que me han tenido por gusto á la puerta... y con la noche que hace!... ¿No opina usted así?

BONIF. Si le he de decir á usted lo que opino...

VECINO. (Se quita con ira el sombrero, que viene acanalado por la fuerza de la lluvia y chorreando agua, y lo sacude de modo que le riega la cara á Don Bonifacio.)

BONIF. ¡Cáspita! ¡Pláncheme usted, hombre!

VECINO. (Va hacia la mesita de la derecha y pone en ella el sombrero.)

BONIF. Todo me lo va á mojar. (Coge el pañuelo que está en el bufete, va á la mesita, pone en el suelo el sombrero y enjuga el agua que ha dejado en ella.)

VECINO. ¡Dejarme en la calle! ¡No abrirme la puerta de mi casa! (Ha levantado maquinalmente del suelo el som-

brero y lo ha ido á poner en el bufete, sobre los papeles.) ¡Es claro... han conocido que era yo!

BONIF. (Se vuelve, ve donde está nuevamente el sombrero y va allá.) ¡Dale! (Quita el sombrero, toma los papeles, los ve mojados y tira el sombrero con rabia lejos de sí.) ¡Canastos!

VECINO. ¿Qué hace usted con mi sombrero, hombre?

BONIF. ¡Mire usted cómo me ha puesto un expediente que me traje ayer de la oficina para extractarlo!... ¡Hecho una sopa!

VECINO. ¡Si está lloviendo á mares!

BONIF. ¡Ya! ¡Pero aquí en la mesa no llovía! (Lleva el sillón junto al brasero, quita de éste la tapadera y con la badila descubre un poco el fuego.)

VECINO. (Se ha quedado parado y pensativo. En seguida va á la ventana y mira por los vidrios.) ¡No se ve luz por ningún balcón! ¡Nada! Nadie se ha movido en mi casa.

BONIF. (Componiendo la lumbre.) Vaya... aquí destapo la lumbre para que se caliente usted un poco.

VECINO. (A la ventana, distraído.) Bien.—¡Pues ella siempre ha tenido el sueño ligero! ¡Es imposible que no haya oído los golpes! ¿Qué debo pensar? ¿Qué debo creer? (Se pasea agitado.)

BONIF. ¡Si se le antojará ahora estar dando paseos toda la noche!—Diga usted, vecino...

VECINO. (Parándose.) ¿Qué?

BONIF. Aquí tiene usted lumbre... son las dos y media en mi reloj... conque me parece que ya es hora de dormir, ¿eh?

VECINO. (Distraído, quitándose la levita.) ¡Sí! ¡Sí!... ¡Dormir!... (La pone sobre la cama.) ¡Ojalá pudiera!... (Trata de quitarse las botas, ayudado del sillón que hay á los pies de la cama.) ¡Qué!... ¡No salen!... ¡Estoy calado!... (Descubre la cama como para acostarse.) ¿No tiene usted un tirabotas?

BONIF. (Mirando.) ¿Qué va hacer?... (Va hacia él.) Perdone usted; yo acostumbro á dormir solo.

VECINO. ¡Ah! ¿No tiene usted mas que una cama?

BONIF. No, señor. Allí tiene usted un sillón en el cual se duerme perfectamente. (Señala al que está junto al bufete.) ¡Verá usted qué bien se halla!

VECINO. (Pasa á la izquierda y se sienta en el sillón.) Sí...

BONIF. (Mullendo la almohada.) Ea, buenas noches. (Se sienta en la cama sobre la levita mojada del vecino.) ¡Huy!... ¡Qué es esto! (Se levanta y halla la levita.) ¡Por vida del hombre!... ¡La levita chorreando sobre mí cama!... (Hace con ella un rebujo y la mete debajo de la mesita.)

VECINO. (Después de una pausa.) Vecino, ¿podrá usted prestarme algo con qué abrigarme?

BONIF. (Fingiendo no oir.) Buenas noches.

VECINO. (Viendo una levita de Don Bonifacio, que está colgada en el respaldo del sillón donde se halla sentado, se la pone sin hablar palabra.)

BONIF. (Yendo á él.) ¡Eh! ¡Se ha equivocado usted! ¡Esa es mi levita!

VECINO. La mía está calada...

BONIF. Pero esa no es razón...

VECINO. (Metiendo las mangas.) Estaba aquí colgada... y la iba á arrugar.

BONIF. ¡Déjela usted, hombre!

VECINO. (Se sienta.)

BONIF. ¡Nada, se empeñó!—¡Eh! ¡No cruce usted los brazos, que me la va á reventar! ¡Cuidado! (Andando hacia la cama.) ¡Ya me voy arrepintiendo de haberle dado hospitalidad! ¡Cómo ha de ser!... Una mala noche... (Quítase el frac, lo echa á los pies de la cama y se acuesta.) Hará usted el favor de apagar la luz, vecino... Yo no puedo dormir con luz. (Se arropa. Un rato de silencio.)

VECINO. (Se ha quedado transpuesto, y de repente da un ronquido.)

BONIF. (Al ruido saca la cabeza, le mira y vuelve á arroparse.)

VECINO. (De allí á un momento da un ronquido más fuerte.)

BONIF. (Se incorpora un poco.) ¡Vaya! ¡También tiene esa gracia!

VECINO. (Da otros cuantos ronquidos más fuertes aún.)

BONIF. Vecino... (Alzando la voz.) ¡Eh, vecino!...

VECINO. (Despertando.) ¡Hola!

BONIF. ¡Haga usted el favor de no roncar... porque entonces lo mismo es que se baje usted á dar aldabonazos! (Vuelve á acurrucarse.)

VECINO. (Sin hacerle caso, inmóvil y abriendo mucho los ojos.) ¡No abrirme la puerta!

BONIF. (Sin moverse.) ¡Chist!.. ¡Silencio! (Un rato de silencio.)

VECINO. (Sin moverse del sillón.) Vecino, ¿es usted soltero?

BONIF. (Con enfado y sin moverse.) ¡Sí, señor!

VECINO. ¡Soltero!... ¡Qué felicidad! (Se levanta repentinamente y empieza á pasearse.) Es decir, libre, independiente, tranquilo, sin cuidados, sin jaranas, sin... ¡Soltero!... ¡Ay, qué feliz es usted, vecino... qué feliz... qué feliz... qué feliz!...

BONIF. ¡Hombre... si hiciera usted el favor de no dar esas pisadas por el cuarto, se lo agradecería! Va usted á despertar á los vecinos del cuarto principal... Justamente es una señora que se ha mudado hace ocho días...

VECINO. Tiene usted razón... pero hago las cosas maquinalmente... ni sé... (Toma el sillón como para sentarse y lo fija de golpe en el suelo.)

BONIF. ¡Hombre... no me rompa usted los muebles! ¡Qué diablos... esté usted quieto! ¿Qué he adelantado entonces con hacerle á usted que suba?... ¿Para qué le he hecho á usted que suba?... Para poder dormir. (Dan golpes en el suelo desde el cuarto principal.)

BONIF. ¿Lo ve usted?... La señora del cuarto principal le dice á usted que no meta ruido. ¡No tiene usted un ochavo de juicio! Ea, vamos á dormir, que ya es hora.

VECINO. (Poseído siempre de la misma idea, se levanta, va á la ventana y la abre de par en par.) Voy á ver...

BONIF. (Se rebulle como sintiendo frío; luego saca el brazo y trae hacia arriba el frac que tiene á los pies; después dice:) ¡Uf!... ¡Cáspita!... ¡Qué frío tengo!

VECINO. ¡Aquí he de pasar la noche!

BONIF. (Que no puede verle.) ¡Vecino, hágame usted el favor de echarme aquí algo de ropa... yo creo que estoy malo! (Viendo que no responde.) ¡Vecino!... ¿Dónde está?... (Se incorpora y lo ve á la ventana.) ¡Pues no ha abierto la ventana!

VECINO. ¡Tiene un tizo el brasero!...

BONIF. (Colérico.) ¿Quiere usted cerrar esa ventana pronto?

VECINO. ¡Hombre, si da un tufo!...

BONIF. ¡Pues yo estoy ya constipado!

VECINO. Pues yo no puedo resistir el olor...

BONIF. (Exasperado, poniéndose de rodillas en la cama.) ¡Caramba! ¡A que me bajo y hago una de pópulo bárbaro!

VECINO. (Cerrando la ventana.) ¡No, vecino, no! Si le incomoda á usted... no hay mas que advertirlo... ya está cerrada... Eso no... Usted es dueño de su casa y puede hacer lo que guste.

BONIF. (Aplacándose.) ¡Vaya, vaya! (Se acuesta.)

VECINO. Además, que usted me ha dado hospitalidad...

BONIF. Sí... ¡y ha sido una ocurrencia peregrina!

VECINO. Y yo soy hombre agradecido... y cuando me hacen un favor sé corresponder... Sí, señor... usted está en su casa y...

BONIF. ¡Bien, hombre, bien! (Aparte.) Ahora me va á estar haciendo cumplimientos dos horas.

VECINO. (Vuelve á sentarse y, después de un rato de silencio, dice:) Vecino, ¿hace mucho que vive usted en este barrio?

BONIF. (Se vuelve con enfado del otro lado y se arropa bien.)

VECINO. (Alzando la voz.) ¡Vecino! Le pregunto á usted si hace mucho que vive usted en este barrio...

BONIF. Sí, señor.

VECINO. (Se levanta y va apresurado á la cabecera de la cama.) ¡Oiga! ¿Hace mucho?... ¿Y por fuerza conocerá usted en él bastante gente? Figúrese usted,

vecino... figúrese usted... (Da una palmada en la cabecera de la cama.)

BONIF. (Vuelve la cara, lo ve y se arropa de nuevo.)

VECINO. ¡Es preciso que se lo cuente á usted todo... el corazón me está reventando en el pecho... yo necesito desahogarme con alguno!

BONIF. (Vuelve otra vez la cara con un gesto de recelo y otra vez se arropa.)

VECINO. ¡Y luego... que usted me dará tal vez algún consejo... porque, al cabo, más ven cuatro ojos que dos... y este lance, este lance!... ¡Figúrese usted, vecino! (Da otra palmada más fuerte en la cabecera.)

BONIF. (Levantándose resuelto.) ¡Aguarde usted!

VECINO. ¿Qué hace usted?

BONIF. (Bajándose de la cama.) Levantarme... no tiene remedio.

VECINO. ¿Se va usted á levantar?

BONIF. (Coge el sillón y le vuelve de espaldas al público.) Sí, señor.

VECINO. ¿Para qué?

BONIF. (Descolgando el pantalón que está en el clavo.) Y á vestirme. La historia tiene trazas de ser larga y... ¡Pues señor, bien! ¡Noche toledana! (Poniéndose el pantalón.) ¡Qué charlar!

VECINO. Perdone usted...

BONIF. ¡No hay de qué!—¡He hecho un pan como unas hostias! (Se pone el frac.) Me sentaré al brasero... y vamos andando... (Mientras dice esto, lleva la mesa de noche cerca de la mesita que está á los pies, se quita el gorro de dormir y se pone el griego, que está colgado del clavo.) Sentémonos. (Lleva junto al brasero el sillón que está al lado de la cama.)

VECINO. Hombre, no quisiera...

BONIF. ¡Nada! Sentémonos y charlemos. (Siéntase en el sillón que ha llevado; el vecino, en el otro; el bufete queda entre los dos.) Aquí pasaremos la noche en amor y compañía; estoy ya más despabilado que un... Conque... íbamos diciendo...

VECINO. (Tomando maquinalmente el candelero que hay en el bufete.) ¡Ay, vecino... daría cualquier cosa porque fuese de día! (Mientras dice esto enciende el cabo en el velón y lo pone á su lado.)

BONIF. ¡Caramba... y yo también! (Da un soplo al cabo y lo apaga.)

VECINO. (Toma la badila y escarba la lumbre, abriéndola toda.)

BONIF. (Después de apagar la vela, se vuelve; ve al vecino abriendo la lumbre, y dice:) ¡Hola! ¿Está usted echando una firma?

VECINO. Pues como le he dicho á usted, vecino, yo soy casado.

BONIF. ¡Ya! ¡No me lo había usted dicho... pero no importa!

VECINO. Mi casamiento fué... un casamiento por amor... Las circunstancias que precedieron á él y las que sobrevinieron luego son tan extraordinarias como dramáticas.

BONIF. Cuando se acabe la historia nos podremos acostar; ¿no es verdad?

VECINO. ¡Hay aquí un tufo que no se puede parar! (Se levanta y va abrir la ventana.)

BONIF. Cuando se escarba mucho la lumbre suele suceder; en dejándola tapadita... Conque estamos en que llegó el casamiento...

VECINO. (Viniendo á sentarse.) Sí, señor. Tres meses después...

BONIF. ¡Ah! ¿Pasa usted esos tres meses? ¡Me alegro!

VECINO. Ya volveremos á ellos. Pues señor... ¿Ha estado usted en Salamanca?

BONIF. ¿Y usted?

VECINO. ¿Yo? ¡Ay! Sí he estado.

BONIF. ¡Pues no se conoce gran cosa!

VECINO. ¡Ay, vecino! (Enciende maquinalmente el cabo.) ¡Es un pueblo que me dejará memoria para mientras viva!

BONIF. ¡Oh! ¡Allí se aprenden muchas cosas! (Da un soplo al cabo.)

VECINO. (Vuelve á abrir la lumbre con la badila.)

BONIF. (Después de apagar el cabo, lo ve escarbar.) ¡Otra firmita!

VECINO. (Dejando la badila dentro de la lumbre.) Ante todas las cosas, quiero advertir á usted que mi mujer... ¡No sé si le he dicho á usted que soy casado!

BONIF. Sí, señor... adelante.

VECINO. Mi mujer, desde muy niña, ha tenido un corazón... y lo tiene todavía... sumamente sensible, y ha sido tan adelantada, que mi suegro decía siempre que le recordaba á su difunta... una andaluza que le dió mil disgustos... Pasemos en blanco los disgustos de mi suegro.

BONIF. Sí, sí... pasemos.

VECINO. Cuando yo vi á mi mujer la primera vez...

BONIF. (Aparte.) ¡Anda! ¡No tiene atadero la relación!

VECINO. ¡Ay, vecino! ¡Sólo aquello debió hacerme caer en la cuenta! Ella había tenido ya trapicheos con un quídam... ¡porque mi mujer es así!

BONIF. ¡Sopla! Ya, ya estoy al cabo... Es usted uno de tantos...

VECINO. ¿Eh? ¿Qué quiere usted decir, vecino?

BONIF. Nada... digo que... (En tono afable.) Conque, vamos, decía usted que un quídam... ¿Eso le enfriaría á usted un poco el amor?

VECINO. ¡Ay, qué poco sabe usted de mundo! ¡Los obstáculos inflaman el verdadero amor... (Enciende otra vez el cabo.) lo encienden!

BONIF. ¡Ya!... ¡Pero así se gasta pronto! (Da un soplo al cabo.)

VECINO. (Vuelve á escarbar la lumbre con la badila.)

BONIF. ¡Dale! ¿Otra firmita?

VECINO. Mi rival se ausentó por tres días.

BONIF. ¡Hola! ¿Por tres días? ¡Qué mal hizo! También á mí me sucedió con una, que me marché por tres días y cuando volví ya estaba... Fué una aventura... Pero siga usted, siga usted.

VECINO. Yo me figuré que aquello era un babeo sin consecuencia... estreché el sitio... la hablé al alma... ella se ablandó... mi mujer se ablanda al momento... y, amigo mío... aquella misma noche... (Tomando maquinalmente la badila y accionando con ella.) ¡nos casamos! (Diciendo esto, da con la badila en la mano de Don Bonifacio y le quema.)

BONIF. (Dando un salto.) ¡Ay! (Llevándose la mano á la boca.) ¡Ahora sí que me ha acabado usted de jeringar! (Coge la badila y la tira lejos de sí.)

VECINO. ¿Qué ha sido?

BONIF. ¡Nada!

VECINO. Y lo más lastimoso del caso es que yo no conozco al tal rival ni le he visto nucna. ¡Ah! Si yo le hubiese encontrado, en vez de contentarme con soplarle la dama, crea usted que le hubiera deshecho... ¡Como á esto! (Coge el mazo de plumas, da con él una puñada y las aplasta.)

BONIF. ¡Hombre! ¡Mis plumas! (Pone el mazo más allá.)

VECINO. ¡Y no porque le temiera; no, señor! ¡Lo mismo le temo á él que á otro cualquiera... pero siempre era un enemigo menos. (Toma maquinalmente del bufete una barra de lacre.) Ya conoce usted, vecino, que con esa sensibilidad exquisita de mí mujer... ¡no hay remedio! ¡Tengo que estar siempre inquieto! (Accionando con el lacre.)

BONIF. ¡Ya lo veo! (Cogiendo el lacre por el otro extremo, tratando de quitárselo.) Deje usted el lacre...

VECINO. ¡Siempre! (La barra se parte en dos pedazos.)

BONIF. (Mirando su pedazo.) ¡Es claro! (Lo pone en el bufete.)

VECINO. Pero ahora va usted á juzgar si tengo razón ó no. Yo estaba en Salamanca...

BONIF. ¡Bien! ¡Ahora volvemos á empezar!

VECNIO. Había ido á unos asuntos... asuntos de interés... cosa de familia... no hace el caso explicar...

BONIF. ¡No, no! Adelante.

VECINO. Voy adelante.

BONIF. ¡Gracias! (Dándole una palmadita en el muslo.)

VECINO. Concluí los asuntos y la escribí á mi mujer anunciándola mi vuelta; doy la carta á un sujeto que salía para Madrid, persona de confianza... encargándole que la entregase en mano propia; un viejo... un gallego que venía á pretender. (Toma el tintero v acciona con él.) ¡Pero vea usted mi desgracia!

BONIF. (Quitándoselo y poniéndolo lejos.) Veamos.

VECINO. ¡Averiguo á los pocos días... (Toma maquinalmente el reloj.) que el maldito gallego... por una economía mal entendida... (Cogiéndolo por la cadena y haciéndole dar vueltas en el aire.) hacía el viaje á pie!

BONIF. (Quitándole el reloj y poniéndolo lejos.) ¡Cuidado, que es mi reloj!

VECINO. ¿Hay hombre más desgraciado que yo? ¡Responda usted! Al saber aquello perdí la paciencia y resolví venirme á Madrid, bien seguro de llegar antes que la carta. (Coge maquinalmente la punta que cuelga de la sevilleta.) Tomé un caballo y salí echando chispas de Salamanca... Corre que te corre... y latigazo, y latigazo, y latigazo. (Cada vez que dice «latigazo,» da un fuerte tirón de la servilleta, hasta que vienen al suelo platos, botella yvaso.)

BONIF. (Levantándose exasperado.) ¡Hombre! ¡Usted me lo rompe todo... y me lo destroza todo!... ¡Me va usted á dejar en cueros!

VECINO. Perdone usted... Si este lance me trae la cabeza... ¡Luego, la noche antes de salir, tuve un sueño!...

BONIF. (Sentándose desesperado.) ¡Adiós! ¡Ahora me va á contar el sueño!

VECINO. Por fin, llegué á Madrid hace una hora...

BONIF. ¡Oh! ¡Hace mucho más, según mi cuenta!

VECINO. Vengo corriendo á casa con deseo de sorprender agradablemente á mi mujer... mi mujer se acuesta siempre tarde... llamo y...

BONIF. Y... ya sé lo demás. (Se levanta.) Pues señor, la historia me ha gustado mucho... y la cuenta usted con suma elegancia. Conque hemos acabado, ¿eh? Pues cada mochuelo á su olivo. (Se dirige á la cama.) ¡Me he quedado helado!

VECINO. (Levantándose.) Oiga usted...

BONIF. (Metiendo la mano dentro de la cama.) ¡Huy, qué fría está! Voy á calentarla... si no, no cojo el sueño en dos horas. (Va á descolgar un calentador que está colgado en un clavo, á la izquierda, detrás del bufete, y recoge la badila del suelo.)

VECINO. Escuche usted.

BONIF. (Llégase al brasero, se sienta y pone lumbre en el calentador.) ¡Vaya, vaya! ¡Conque usted es hombre que se aparece así, sin avisar!... ¡El demonio es usted! ¿Cuántos años tiene usted?

VECINO. Treinta y cinco.

BONIF. Pues más le echaba yo. Amigo, es usted poco experimentado para la edad que tiene. Ya debía usted haberse figurado que le sucedería eso.

VECINO. ¿Cómo?... ¿Piensa usted que mi mujer?...

BONIF. ¡Toma! ¡Toma! ¡Aquí, donde usted me ve, he pasado yo por un lance idéntico por haber hecho otra... inocentada, como la de usted!

VECINO. ¿De veras?

BONIF. Mañana se lo contaré á usted. (Va á calentar la cama.) Amigo, soy empleado y tengo que estar en la oficina á las nueve.

VECINO. (Siguiéndole.) Bien; pero mientras se acuesta usted... puede contarme...

BONIF. (Calentando la cama.) Pues sí, señor; yo andaba tras de una muchacha... con la sana intención de ofrecerla mi blanca mano; ella, la verdad, me correspondía... Pues señor, en esta confianza, me ausento por tres días... exactamente lo mismo que el quídam que usted me contaba. ¡Oh! Hay en nuestras dos historias mucha analogía... y es cosa curiosa que... si consultára-

mos fechas... Pero no, no; sería cosa larga. Pues señor, me ausento tres días, y cuando vuelvo me hallo conque una especie de ganapán me había soplado la dama. ¿Qué tal? ¿No le dije á usted que eso es cosa común? ¡Pues señor, llego una noche, sin avisar, como... como un tonto! Llamo á la puerta... y no me abren... (Metiendo la mano en la cama.) ¡Qué calentita está!

VECINO. ¿También á usted le sucedió...? (Se va cavilando hacia la izquierda del proscenio.)

BONIF. ¡También á mí!... ¡También á mí! Yo me iba á marchar... porque yo no soy hombre que se está dos horas á una puerta haciendo el oso...

VECINO. (Volviéndose hacia él.) ¿Eh?

BONIF. (Dejando olvidado el calentador dentro de la cama y yendo al vecino.) No, no lo digo por usted. Me iba á marchar... y al echar la última mirada á los balcones de mi querida veo luz en la habitación. (En este momento se ve luz por la vidriera de la casa de enfrente.)

VECINO. ¿En la sala?

BONIF. No, señor; en la alcoba. Y al resplandor de la luz veo en las cortinillas dos sombras chinescas en mucha intimidad. (Se ven dibujarse en la vidriera del balcón los perfiles de una mujer y un hombre dándose la mano; el hombre tiene el sombrero puesto.) Á mí nunca me han gustado las sombras chinescas; pero le confieso á usted que en aquella ocasión... Figúrese usted que estaban...

VECINO. (Volviéndose hacia la ventana.) ¡Oh! ¡Dios!

BONIF. ¿Qué es eso?

VECINO. ¡Veo luz en mi casa!

BONIF. ¡Bah!

VECINO. Y dos sombras...

BONIF. ¿Chinescas? (Volviéndose.)

VECINO. Qué... (Las dos sombras se abrazan.) ¡Dios mío!

BONIF. ¡Así... estaban las mías! (La luz y las sombras desaparecen.)

VECINO. (Cayéndose en el sillón que ocupaba antes Don Bonifacio.) ¡Ay, ay!... ¡Yo estoy malo!

BONIF. (Para sí, riendo.) ¡Ji! ¡Ji!... ¡Así, así estaban las mías! (Siéntase en la cama y se levanta de un brinco.) ¡Huy! ¡Fuego!... ¡Se abrasa la cama!

VECINO. (Medio privado.) ¡Agua! ¡Agua!...

BONIF. (Cogiendo el jarro.) ¡Agua! ¡Es verdad!... ¡Allá va!... (Echa toda el agua en la cama.) ¡Jesús!... ¡Colchones... sábanas... todo! ¡Qué pensará la patrona! (Al vecino.) ¿Ha visto usted?

VECINO. ¡Déme usted un poco de agua!

BONIF. No hay una gota... la he echado toda en la cama

VECINO. ¡Un vaso de agua!

BONIF. (Toma el vaso de la lamparilla, da un soplo y se lo va á llevar.) ¡Dale; como no quiera usted...!

VECINO. (Levantándose furioso, corriendo de un lado á otro.) ¡Venga una pistola, un sable, un cuchillo, una piedra... una piedra!... (Toma del bufete lo primero que halla y lo tira con fuerza á la vidriera de enfrente; óyese ruido de romperse un vidrio.)

BONIF. ¿Qué ha tirado usted?

VECINO. (Bajando.) ¡Ya se han metido dentro los infames!

BONIF. (Yendo al bufete.) ¿Qué ha tirado usted?

VECINO. ¡Bribones! ¿Qué?... ¡Yo no sé lo que he tirado!... Una cosa que había ahí... en el bufete... ahí...

BONIF. (Registrando.) ¡Ha sido mi reloj!

VECINO. ¡Eh! ¡Qué demonio de reloj! Tome usted el mío. (Dándole un reloj.) ¡No se me escaparán!

BONIF. (Examinándole.) ¡Oiga usted, esto es un caldero!

VECINO. ¡Se ha de hundir el mundo!

BONIF. ¡Bueno que se hunda! Pero antes tráigame usted mi reloj... ¡Yo no quiero esto! (Lo echa en el bufete.)

VECINO. ¡Ahora verá usted la que se arma! (Se arroja á la puerta de la escalera.)

BONIF. (Deteniéndole.) ¿Dónde va usted?

VECINO. (Bajando con él.) ¿Dónde voy, eh? ¿Me pregunta usted dónde voy?... ¡A sorprenderlos... á con-

fundirlos... á inmolarlos!... ¡Ahora comprendo el crimen!

BONIF. (Abrazándose con él.) ¡Hombre!... ¡Esta es otra!

VECINO. ¡Déjeme usted! ¡Necesito desahogar la cólera! ¡No me detenga usted... que hago un disparate! ¡Mire usted que me ciego... y soy capaz de matar al primero que se me presente!

BONIF. (Soltándole de repente y dándole la llave que está en la mesita de la derecha.) ¡Tome usted la llave!

VECINO. ¡Uf! (Se va corriendo por la puerta de la escalera.)

ESCENA TERCERA

DON BONIFACIO.

BONIF. ¡Si este hombre no se ha escapado de Zaragoza... no sé de dónde ha salido! ¡Y aun falta lo mejor! ¡Antes no hacía mas que dar aldabonazos; pero ahora va á querer derribar la puerta! ¡No hay remedio! ¡Noche toledana! ¡Y yo, bestia de mí, que le hago subir, pensando que así dormiría mejor! ¡Buen negocio he hecho! Pero, ¿quién se había de figurar?... ¡Voto á sanes! ¡Por fin se ha ido! ¡No! Cuando yo vuelva á dar hospitalidad á otro... (Aparece el vecino.) ¡Aquí está otra vez!

ESCENA CUARTA

DON BONIFACIO Y EL VECINO.—Empieza poco á poco á amanecer.

VECINO. (Dándole á Don Bonifacio la llave toda torcida.) ¿Qué demonio de llave es esta? ¡Si no abre!

BONIF. (Tomándola.) ¡Muchas gracias! Yo le di á usted una llave... ¡y usted me vuelve un tirabuzón! (La pone en la mesa de noche y toma el brazo del vecino, sacudiéndole con ira.) ¡Yo le hacía á usted ya en los

infiernos! ¡No quiero volverle á ver! ¡Me revienta usted! ¡Le tengo odio y mala voluntad! ¡Clarito!

VECINO. Déme usted otra llave.

BONIF. (Furioso.) ¡Váyase usted!

VECINO. ¡Otra llave!

BONIF. (Más furioso.) ¡Váyase usted!

VECINO. Por dónde, cómo... si está cerrado... ¿Qué es esto? ¿Tiene usted intención de detenerme aquí?

BONIF. ¡Yo!... ¿Qué está usted diciendo? Detenerle á usted... ¡Hombre, pues si no fuera piso segundo y yo tuviera más puños... ya estaría usted en la calle hace una hora!

VECINO. ¡Ea, déme usted otra llave!

BONIF. Aguarde usted; aquí ha de haber otra... voy por ella. (Entra en el gabinete de la derecha.)

ESCENA QUINTA

EL VECINO.

VECINO. ¡Ya está amaneciendo! Ahora me abrirán. A mi padre que encuentre, lo mato. (A Don Bonifacio.) Despache usted. ¡Ah, Julianita, Julianita! (Prestando atención. Oyese abrir y cerrar en seguida la puerta de la casa de enfrente.) ¡Han abierto una puerta... y la cierran! (Va á la ventana.) Es la de mi casa... y sale un quídam... él debe ser... el cortejo... (A Don Bonifacio.) ¡Esa llave!

BONIF. (Dentro.) ¡No la encuentro!

VECINO. ¡Se me va á escapar! ¡Maldito sea!... ¡Una cuerda, cualquier cosa para descolgarme! (Mirando á la cama.) ¡Ah! La colcha... las sábanas... (Las coge y anuda para descolgarse.)

ESCENA SEXTA

El Vecino y Don Bonifacio.

BONIF. (Con una llave.) Aquí está la llave. (Viendo al vecino junto á la ventana con la ropa de la cama.) ¡Ay, que era un ladrón! ¡Ladrones! (Se agarra con él.) ¡Aquí le tengo! ¡Ladrones!

VECINO. ¿Qué dice usted?

BONIF. (Gritando por la ventana.) ¡Socorro, ladrones! (Dan vueltas alrededor, agarrados ambos de la colcha.) ¡Ladrones! (Escápasele la colcha al vecino y Don Bonifacio cae al suelo de costillas.)

VECINO. (Coge otra vez la colcha y tira.)

BONIF. ¡Mi colcha! (Sin levantarse.)

VECINO. ¡Déjeme usted descolgarme!

BONIF. ¡Mi colcha! (Se levanta y sigue tirando.)

VECINO. ¡Si es para descolgarme!

BONIF. ¡Mi colcha! ¡Ladrones! (Oyese ruido de abrir puertas y balcones en la calle y voces de «ladrones, ladrones». Asoman vecinos á los balcones de enfrente.)

VECINO. ¿Qué es eso? (Suelta la colcha. Don Bonifacio cae otra vez de espaldas contra la mesa de noche y la derriba; óyese ruido de haberse roto algo dentro de ella.)

BONIF. ¡Algo se ha roto! (Mirando en la mesa de noche.) ¡Ya sé lo que es!

UNA VOZ DE MUJER. (Desde el balcón del cuarto principal.) ¡Vecino, vecino! ¿Qué es eso?

VECINO. ¡Esa voz... es la de mi mujer! (Mira por la ventana y ve una mujer asomada en el balcón de las sombras chinescas.) ¡Allí está! ¡No... no es ella!

LA VOZ. Vecino... ¿qué ocurre?

VECINO. (Mirando al balcón de abajo.) ¡Calla! ¡Está en el piso principal de esta casa!

BONIF. (Oyendo.) ¡Calla! Pues esa voz... cómo se parece á la de mi... (Corre á la ventana.)

VECINO. ¡Juliana, eres tú!...

BONIF. (Aparte.) ¡Julianita! ¡Ella es!

LA VOZ. Anastasio... ¿qué haces ahí?... Baja... baja... vivo aquí... me he mudado hace ocho días.

VECINO. (Loco de gozo.) ¡No era ella la sombra chinesca! (Abrazando á Don Bonifacio.) ¡Amigo mío!

BONIF. ¡Compañero!

VECINO. ¡Mi Juliana!... ¡Y vea usted, tenerla aquí toda la noche sin saberlo!... (Echa á correr por la puerta de la escalera.)

BONIF. ¡La Julianita!... ¡Y no la he encontrado nunca en la escalera! ¡Y este es el bárbaro que me la quitó! ¡El me pagará la noche que me ha dado! ¡Ahora haré relaciones con él! ¡No hay mal que por bien no venga! Por el pronto, vamos á dormir un poco.

VECINO. (Saliendo.) ¡Mi levita!... ¡Mi sombrero!...

BONIF. ¡Ya está aquí otra vez!

VECINO. ¡Ay, amigo mío!... ¡Qué abrazo la he dado!... (Hace el ademán con violencia y estalla la levita por la espalda.)

BONIF. ¡Huy!... ¡No lo dije!... ¡Ya me reventó la levita!... ¡No le dije á usted que no cruzara los brazos!

VECINO. (Tomando su levita, sus guantes, su bastón y su sombrero.) ¡Venga usted... venga usted... quiero presentarle á mi mujer!

BONIF. ¡Con mucho gusto! Aguarde usted un instante. (Se dirige al público.)

Aunque dormir me ha impedido
el vecino con su son,
suele armarse aquí otro ruido
que lastima más mi oído...

VECINO. (Que ha ido acercándose poco á poco.)
«que el que se hace dando con el aldabón.»

BONIF. ¡Hombre! ¿Quiere usted callar y dejarme á mí?

VECINO. Pues *aldabón*, ¿no es consonante?

BONIF. ¡Pero si hace usted un verso que tiene tres leguas! (Haciéndole retirarse atrás.) Déjeme usted...

déjeme usted concluir aquí, que al momento voy. (El vecino se pone á enredar con lo que hay sobre el bufete. Don Bonifacio continúa.)

Aunque dormir me ha impedido
el vecino con su son,
suele armarse aquí otro ruido
que lastima más mi oído
que el ruido del aldabón.
¡Ruido que da trasudores!
¡Ruido que sin descansar
tiene á poetas y actores!
¡Ay, no quiera Dios, señores,
que yo le llegue á escuchar!

(El vecino ha tomado maquinalmente del bufete el picaporte y da con él un silbido. Don Bonifacio, aterrado, exclama:) ¡Ay, Jesús! (Vuélvese y ve al vecino.) ¡Hombre del demonio!... ¡Conque se pone usted ahora á silbar! ¡Pues no me ha dado mal susto!... ¡Creí que era por allí!... (Señalando al patio.) ¡Deje usted eso!... (Le quita el picaporte.)

VECINO. ¡Eh!... Usted si que está pesado con tanta copla y tanto... Venga usted acá. (Trayéndole al proscenio y dirigiéndose al público.)

¡Esos son temores vanos!
Si el ruido tanto te asusta,
hacedlo, que á mí me gusta...
cuando lo hacéis con las manos.

FIN DE ESTE JUGUETE